

y en ella se estudia el período histórico comprendido entre 1898 y 1935. Se trata, como ya indica el título, de un libro de *Memorias* que nos ofrece el apasionante interés de narrarnos unos hechos por un protagonista excepcional de los mismos.

Aunque con argumento sencillo, que no puede por menos de evocar-nos el estilo folletinesco en ocasiones, parece necesario señalar la novela de Blanco Fombona, *La bella y la fiera*¹⁹, título que hace referencia a la dualidad existente entre la protagonista femenina, que acaba siendo poseída por el tirano con objeto de intentar conseguir—vanamente—la liberación de dos jóvenes revolucionarios encarcelados, y la persona que encarna la dictadura, que sirve de fondo a la acción de la obra.

Lo primero que nos llama la atención es el exponente de la ínfima catadura moral de quienes constituyen el engranaje de la dictadura:

«En el vagón presidencial va don Tiberio Borgia, el dictador, el monstruo, con su séquito: 'doctores', militares, seides, esbirros, espías, algunas concubinas, algunos ministros y muchos espalderos»²⁰.

Otro de los rasgos que desde el principio hemos venido comentando como característicos de las dictaduras hispanoamericanas ha sido el del personalismo del dictador; rasgo que recoge el autor al decirnos: «El dictador, el 'jefe único', según le bautizan los áulicos, anda de viaje. De paseo más bien por aquellos pueblos comarcanos. Como es madrugador, campesino al fin, ha salido a caballo al amanecer, con buen golpe de jinetes: áulicos, edecanes, espalderos...»²¹.

También la distancia existente entre la figura que encarna el poder y el pueblo, el implacable funcionamiento del sistema represivo, el patológico refinamiento en la práctica de las torturas, el temor, el servilismo, etcétera, son rasgos que con toda claridad se pondrán de manifiesto a lo largo de esta novela.

Aunque de autor español, incluyo en este apartado una novela que por su temática, técnica narrativa, vocabulario, etc., considero de la máxima importancia en el género novelístico que estudiamos. Me refiero a *Tirano Banderas*, de Ramón del Valle Inclán²².

Le da título el nombre del protagonista, el general don Santos Banderas, cuya aparición tiene lugar en un cuartel y rodeado de la muerte que causa por doquier: «El generalito acaba de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa»²³.

¹⁹ RUFINO BLANCO FOMBONA: *La bella y la fiera*, Madrid, Renacimiento, 1931.

²⁰ *Op. cit.*, pág. 13.

²¹ *Op. cit.*, pág. 175.

²² RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN: *Tirano Banderas*, Madrid, 1926.

²³ *Tirano Banderas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, 6.ª ed., pág. 15.

Pero frente al sistemático despotismo de la mayor parte de los dictadores que hasta entonces habían aparecido en la literatura, el imaginado por don Ramón ofrece el deseo de aparentar cierta legalidad, aunque bajo ella subyace inmensa dosis de cinismo. Por un lado, permite que la oposición celebre actos políticos, pero al mismo tiempo se encarga de provocar alteraciones en dichos actos con objeto de poseer el pretexto necesario para tomar medidas «legales» en consonancia.

Todas las características de la novela de dictadura, en lo referente a la figura del dictador, se dan en esta espléndida novela valleinclaniana. El general vive alejado de todos: «Desde la remota ventana, agitado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando los batallones de indios»²⁴; «Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana...»²⁵; «Tirano Banderas, agaritado en la ventana, inmóvil y distante, acrecentaba su prestigio de pájaro sagrado»²⁶; «La niña del trato se despertaba suspirante, salía a las fronteras del mundo con lívido pasmo, y en el pináculo de la escalerilla, la momia indiana apuntaba su catalejo sobre la ciudad»²⁷. Su política se apoya en el aniquilamiento sistemático de cuantos puedan representar una sombra de disonancia; el espionaje será el arma utilizada para hacer abortar el menor síntoma de disconformidad. Así, cuando el coronel de la Gándara huye de la persecución por haber caído en desgracia del general, ha de soportar que el amigo que le ampara le reproche: «Tirano Banderas os hace a todos espías»²⁸.

Su fuerza la basa en un ejército plebeyo y de bandolerescos antecedentes. Unas líneas antes aludíamos a los «batallones de indios»; aparte de ello, al jefe de un destacamento se le presentará de la siguiente manera: «El caporal, mestizo de barba horquillada, era veterano de una partida bandoleresca años atrás capitaneada por el coronel Ireneo Castañón, Pata de Palo»²⁹.

También los sectores más depauperados de la sociedad son los que le sirven de apoyo y servicio.

El final de la obra, con el asesinato de la hija de Banderas por mano de su propio padre con objeto de evitar que fuese gozada por sus enemigos, no puede por menos de recordarnos las informaciones que los cronistas nos facilitaron de la lamentable aventura de Lope de Aguirre.

Pero sin hipérbole de ningún tipo es *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias³⁰, el punto culminante del ciclo de los dictadores.

Conocido de todos es el hecho de que la familia del autor fuese víc-

²⁴ *Op. cit.*, pág. 15.

²⁵ *Op. cit.*, pág. 21.

²⁶ *Op. cit.*, pág. 22.

²⁷ *Op. cit.*, pág. 153.

²⁸ *Op. cit.*, pág. 81.

²⁹ *Op. cit.*, pág. 85.

³⁰ MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *El señor presidente*, México, 1946.

tina de la dictadura de Estrada Cabrera, hecho que motivaría el contacto directo entre Asturias y el mundo indio cuando en su infancia se ve obligado a trasladarse a la finca de su abuelo. Más tarde, la dictadura le obligaría a exiliarse y viajar a París, en cuya Universidad tendría ocasión de estudiar los ritos y religiones de los mayas.

Sin embargo, en la novela aludida no se nos facilita el nombre del dictador, ni el del país sobre el que ejerce su terrorífico dominio. No obstante, todo ello es fácilmente identificable. Bien es verdad que lo de menos importancia sería saber si era a Estrada Cabrera o a Ubico a quien el novelista intentó retratar: se trata del «dictador», etiqueta aplicable a un determinado tipo humano y no a una persona.

«El señor presidente» sólo aparece en seis ocasiones a lo largo de la obra y, no obstante, será suficiente para que se sienta omnipotente en toda la novela. El mecanismo puesto en funcionamiento por su dictadura continúa imparable sin que sea necesaria la constante intervención del «presidente». Y ese mecanismo se basa en el espionaje y en el miedo, verdadero protagonista este último, según acertadamente expone Carlos Navarro: nadie se siente seguro; los adictos no saben si continúan en la gracia del señor presidente y si, por el contrario, han caído ya en desgracia; el resto de la población espera ser delatado, sin saber de qué, por alguien. El propio Cara de Angel, conocedor a fondo del dictador, cae en la trampa que le tiende, pues aunque cree que la misión diplomática en el extranjero es un medio para que se aleje del país y castigar, de este modo, su matrimonio con la hija del general Canales, no llega a intuir el destino, mil veces más vil, que le espera. Y así, tras la aceptación está la celada; pero es que al «señor presidente» no se le podía negar nada, ya que la trampa tanto puede radicar en la aceptación del ofrecimiento como en su rechazo.

Probablemente radique la importancia de la novela como símbolo palpitante de la dictadura en el hecho, antes aludido, de que no haya nada que relacione a los personajes, países o cualquier otra circunstancia con los elementos de la realidad histórica:

«Miguel Angel Asturias extrae una dictadura hispanoamericana de sus nexos históricos, despoja a sus víctimas de las pocas condiciones favorables que éstas pudieron haber gozado y luego comprime el preponderante residuo en un acelerado montaje de putrefacción social»³¹.

Esta ausencia de vínculos se mantiene de manera absoluta: ni los mendigos, ni el Pelele, ni Cara de Angel, ni el señor presidente aparecen vinculados a algo o a alguien. De este modo, cuando surge el nexo que

³¹ CARLOS NAVARRO: «La hipotiposis del miedo en *El señor presidente*», en el *Homenaje a Miguel Angel Asturias*, dirigido por HELMY F. GIACOMAN, Madrid, Las Américas-Anaya, 1971, párrafos 155 y ss.